LA VIDA MONÁSTICA

EN LA

ABADÍA BENEDICTINA

DE

SANTO DOMINGO DE SILOS

BURGOS
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE POLO
1915.

G - F 17404

T. 702314 C.744206S4

LA VIDA MONÁSTICA

EN LA

ABADÍA BENEDICTINA

DE

SANTO DOMINGO DE SILOS.

ARCHIVO

BURGOS

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE POLO

1915.

R. 223455

†

PAX.

I.

En la provincia y diócesis de Burgos, á nueve leguas de la ciudad episcopal y tres de las villas de Salas de los Infantes y Covarrubias, en el fondo de un pintoresco al par que selvático valle, rodeado de rocas y de los últimos restos de bosques en otro tiempo espesos, se levanta la antigua Abadía benedictina de Santo Domingo de Silos. Fundada ya en tiempo de los reyes visigodos, logró su mayor esplendor en los siglos X y XI, en aquel florecimiento admirable de fe y valor caballeresco que formaron á Castilla. Enriqueció el monasterio de Silos Fernan Gonzalez, el mismo que triunfando de los moros en los vecinos valles de Cascajares y Acinas, había asegurado ya para siempre la independencia de aquellas tierras. Un siglo mas tarde, confiando el monasterio al santo abad Domingo, natural de Rioja y profeso de la abadía de S. Millan de la Cogulla, le elevó Fernando I al

apogeo de su gloria y de su grandeza espiritual y material. Cuatro siglos por lo menos fue el monasterio silense uno de los principales centros de la vida política y religiosa de España, mientras de las mazmorras de Córdoba y Granada y de Africa miles de cristianos, presos de los moros, volvían sus ojos á Silos, á cuyo glorioso abad y patrono Domingo invocaban como á redentor eficacísimo de cautivos y taumaturgo que prodigaba milagros para romper sus cadenas. Mas tarde, cuando la B. Juana de Aza obtuvo la gracia de ser madre de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, adquirió Santo Domingo de Silos un nuevo título á la devocion y confianza de los fieles, el de *abogado de los felices partos*, bajo el cual le invocan las mujeres en cinta, teniendo la devocion de llevar ceñidores tocados á las reliquias del Santo ó á su milagroso báculo.

A pesar de haber decaído su importancia política y religiosa en estos últimos siglos, el monasterio de Silos ha seguido siendo uno de los santuarios nacionales de España, plantel de obispos, de sabios y de santos. Todavía en vís-

peras del dia fatal en que la revolucion cerró sus puertas dió á la Iglesia de España á Fr. Domingo de Silos Moreno, que levantó la catedral de Cádiz y dejó en su diócesis imperecederos recuerdos de santidad; y poco después ocupaba dignamente la silla de Segovia el último abad de Silos, Fr. Rodrigo Echevarría.

Abandonado desde la exclaustracion de 1835, estaba el monasterio de Silos arruinándose, cuando expulsados de su abadia de Ligugé, junto á Poitiers, por el gobierno francmason de la vecina República los benedictinos franceses de la Congregación de Solesmes emprendieron su restauracion el 20 de Diciembre de 1880, fiesta de Santo Domingo de Silos. El Rey Alfonso XII y S. M. la Reina Regente, los Arzobispos de Burgos D. Anastasio Rodrigo Yusto, D. Saturnino Fernandez de Castro y D. Manuel Gomez Salazar, el Emmo. Cardenal Fr. Gregorio M.ª Aguirre, D. Benito Murua y Lopez, y el actual Excmo. Prelado Dr. D. José Cadena y Eleta, los Sumos Pontífices Leon XIII, Pío X de veneranda memoria y S. S. el Papa reinante Benedicto XV, han venido sucesivamente fomentando, aprobando y favoreciendo, con auxilios espirituales y

materiales, tan difícil empresa, posible gracias á ricas limosnas de varios católicos, sobre todo de Francia.

Hoy ya el antiguo monasterio está completamente restaurado y canónicamente establecido: celébrase en su iglesia con exactitud y esplendor los divinos oficios, practícase con puntualidad todos los ejercicios de la vida monástica, y se han verificado mas de sesenta profesiones de novicios, todos españoles. Vencidas ya las dificultades que suelen acompañar á toda fundacion, sobre todo en desiertos como el de Silos, los novicios han podido encontrar allí paz y observancia, con todos los recursos necesarios para su santificacion é instruccion. Hasta el año 1894 la Abadía de Silos quedó sometida á la jurisdiccion del Rmo. D. José Bourigaud, Abad de Ligugé, á quien corresponde la gloria de haber emprendido la restauracion de este santo monasterio. En 1894 el Rmo. P. D. Ildefonso Guepin, que desde los primeros dias había desempeñado el cargo efectivo de Superior de la nueva comunidad, en representacion del Abad de Ligugé, fue nombrado Abad propio y perpetuo de Santo Do-

mingo de Silos, y fue bendecido solemnemente segun el rito del Pontifical Romano por el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, D. Fr. Gregorio María Aguirre, delegado al efecto por el Sumo Pontífice León XIII. S. M. la Reina D.ª María Cristina, Regente entonces del Reino, se dignó honrar al Abad y á los monjes de Silos apadrinando al nuevo Prelado y mandando al efecto al Excmo. Sr. Duque de Sotomayor, su Mayordomo mayor, para que la representase en el acto de la consagracion.

II.

Los monjes de Silos observan la Regla de S. Benito, interpretada por las Constituciones de la Congregacion de S. Pedro de Solesmes, aprobadas por la Santa Sede, y redactadas por el ilustre Abad D. Guéranger, restaurador de la Orden de Benedictinos y de la liturgia romana en Francia, que figura en primera línea entre los grandes hombres y santos personajes que lograron la ruina definitiva de los errores galicanos y el triunfo completo del espíritu católico y romano entre el clero y católicos franceses.

Benedictinos son los monjes de Silos, cuyo nombre engaña á muchos, creyéndolo sinónimo de sabio de profesion, y con tal prejuicio se alejan del claustro muchas almas que en él hallarían paz y santidad. Mas el benedictino, antes que nada, es monje, es decir, un hombre que ha resuelto romper con el mundo, para vivir en la soledad del claustro en íntimo trato con Dios y en ejercicio de penitencia y vida contemplativa. Su primer deber y su principal ocupacion, y la mayor dicha de su vida, es la celebracion cotidiana y solemne de los divinos oficios, que vienen á ser la forma mas elevada y fácil de la vida contemplativa. Todo en el monasterio benedictino está subordinado á este ejercicio de culto y alabanzas divinas, á esta obra de Dios por excelencia, *opus Dei*, como dice San Benito. A quien no agrade este santo ejercicio y no lo estime como una ocupacion santísima, utilísima y fecunda en bienes celestiales para su alma y la de sus prójimos, debe decirse que no tiene el espíritu benedictino. En Silos los divinos oficios, y en estos entra la Misa conventual de cada dia cantada, llevan unas cinco horas diarias, y en los dias solemnes mas. La Misa

mayor y las vísperas son siempre cantadas; las demás horas las salmodian pausadamente todos juntos, ó las cantan, segun la solemnidad del dia. Siguiendo la tradicion de Solesmes, que ha sido y es una gran escuela de liturgia y canto gregoriano, los monjes de Silos, que hoy son unos cuarenta profesos, procuran dar á las ceremonias y al canto todo el esplendor que sus modestos recursos les permiten. Comienzan los maitines á las cuatro de la mañana, á las ocho de la noche son las completas, y dentro de estos términos se desliza la jornada del monje, laboriosa y mortificada, pero llena de consuelos. Además del oficio divino, el monje debe dedicarse á la oracion mental, y no descuidar, por su parte, en privado, ninguno de los ejercicios propios de la piedad católica, tales como el Rosario, visitas frecuentes al Santísimo Sacramento, exámen de conciencia, Via-Crucis, etc.

III.

Separado por completo del mundo, el benedictino ha de mirar su monasterio como el lugar de su retiro hasta la muerte. No está, es verdad, obligado á la clausura estricta de las

monjas; pero sus salidas, y mucho mas sus viajes, son raros, y nunca por recreo ó distraccion. Sobre todo, la separacion de su familia debe ser completa: este ánimo para emprender y aceptar ese apartamiento de los parientes es la piedra de toque de la vocacion religiosa. *El que ama á su padre ó á su madre mas que á Mi, no es digno de Mi*, dijo el Señor. El monje ruega, si, por sus parientes, les ayuda desde lejos con todos los beneficios, especialmente espirituales, á que su profesion se presta; pero sabe que debe vivir alejado de los suyos, no verlos casi nunca, y caso de verlos, como quien dice de paso, y se obliga desde luego á posponer todo afecto de la carne y de la sangre á Dios, á la Iglesia y á su Orden.

IV.

Es pues el monje, ante todo, hombre de oracion; pero también es, en segundo lugar, hombre de trabajo. Ha de saber ocuparse en el claustro, porque la ociosidad, dice San Benito, es enemiga del alma. La mayor parte del tiempo libre que fuera de los divinos oficios le queda debe darla al trabajo intelectual, necesario á

la vida contemplativa é indispensable al monje de estos tiempos, obligado por las actuales leyes de la Iglesia, si no entra en el monasterio para hermano converso, á recibir el honor y carga del sacerdocio, fuera de muy raras excepciones por razones especiales. Además, ese estudio es hoy tanto mas necesario en los claustros, cuanto que el clero secular, siendo tan escaso, despojado de sus bienes y embebido en los ministerios de almas y en el cuidado de las parroquias, no tiene ni la libertad ni los medios de otros tiempos para dedicarse á estudios. Nunca la ciencia profana se ha cultivado con mas entusiasmo y fruto que ahora por los seglares, ni ha contado con tantos medios y dinero; y, al contrario, jamás la ciencia eclesiástica ha sido mas difícil ni menos profundizada. En España es inmenso el campo que se presenta abierto á los servidores de la Iglesia, y en particular á los benedictinos. Todavía la filosofía, teología y Derecho canónico se estudian con esmero; pero la erudicion, la patrística, la arqueología, la historia eclesiástica y nacional, y aun la exégesis bíblica, están mas descuidadas. Van desapareciendo uno tras otro los últimos testigos del

tiempo pasado de esta nacion católica por excelencia: con ellos fenecerá toda una tradicion llena de glorias, si antes no acuden á fijarla, con sus escritos, trabajadores llenos de fe y de amor á las glorias españolas. Desde el autor anónimo que en el siglo XI escribía los anales de los antiguos reyes de Castilla, hasta el teólogo y obispo Antonio Pérez, del siglo XVII, y los sabios Liciniano Saenz é Ibarreta, numismático el uno y paleógrafo el otro, Silos ha contribuído sin cesar al esplendor de la ciencia católica y española con un buen contingente de hombres ilustres. En nuestros dias han llamado poderosamente la atencion del mundo erudito los trabajos de nuestro P. D. Mário Ferotin sobre la litúrgia mozárabe, y los documentos ó Fuentes para la Historia de Castilla y la historia documentada de las relaciones diplomáticas entre Felipe II y la Santa Sede, obras recientemente publicadas por nuestro R. P. D. Luciano Serrano; notables son asimismo los trabajos escripturísticos y litúrgicos llevados á cabo por varios monjes Silenses en libros y artículos de Revistas, y bien se puede esperar que esta fecundidad aumentará, y que poco á poco en la antigua abadía

castellana se formará una generación de trabajadores perseverantes como sus antepasados, y bien imbuidos de ese espíritu de generoso sacrificio por la Iglesia, que, inspirado por su restaurador Don Guéranger y por el mas ilustre de sus hijos el sabio Cardenal Pitra, es en Francia la gloria de Solesmes.

Al espiritual debe añadir el monje el trabajo manual segun la Regla de San Benito. La fuerza de las circunstancias y la amplitud que ha logrado adquirir hoy la ciencia eclesiástica hacen que el trabajo manual sea en la práctica muy corto para los monjes de coro, quedando reservado principalmente para los hermanos conversos; mas, por su parte, aun el monje de coro debe estimarlo y hasta sentir de veras no poder aplicarse á él habitualmente; y siempre está á disposición del Superior para todo trabajo manual que se le mande, no siendo raras las veces que se ejercitan aun los padres de coro en quehaceres manuales aun humildes. Además siempre los hijos de S. Benito han tenido el culto de la belleza y cultivado las artes, pintura, escultura, arquitectura, etc., para adorno y embellecimiento de sus monasterios.

V.

El monje además está, por su profesion, dedicado á la mortificacion corporal. La abstinencia monástica de carne debería ser perpetua; la Santa Sede la ha moderado para la Congregacion de Solesmes, como para casi todas las de la Orden de San Benito, reduciéndola á tres dias á lo menos por semana, que desde la Cruz de Setiembre á Pascua son cuatro, y á todos los de Adviento y Cuaresma, mas ciertos otros de vigilia. Unos cien dias al año vienen á ser los de ayuno, entre ayunos de regla y de Iglesia. Mitigada de este modo la abstinencia benedictina, sin dejar de ser una mortificacion regular, es soportable para cualquiera de salud ordinaria, no impide el trabajo, y deja aun fuerzas para otras prácticas particulares de penitencia. Por otra parte, se observa enteramente la regla de discrecion que fijó San Benito *ut sit quod et fortes cupiant, et infirmi non refugiant.* La vida de un benedictino de Solesmes ó de Silos, comparada con la de los buenos cristianos de nuestros dias, es mas austera que lo era en tiem-

po de San Benito la de los monjes de Subiaco y Monte-Casino, comparada con la de los seglares de aquellos siglos primitivos.

VI.

El espíritu de S. Benito es espíritu de familia y de expansion. El Abad ama y es amado como un padre: la abadía, á cuya sombra nació á la vida religiosa y espera morir, es para el monje una madre, por cuyo bien todo sacrificio es pequeño: los monjes son sus hermanos, y para los ancianos, hijos queridos que, llenándoles de indecible consuelo, crecen á su lado. El lazo principal de la vida de familia es una conferencia espiritual diaria (además del oficio divino), presidida por el Superior. Fuera de esto, dos veces al dia se juntan los hermanos para gozar reunidos un rato de alegre recreo, y, excepto en Adviento y Cuaresma, se les permite una vez por semana dar juntos un paseo de algunas horas por el campo.

Los novicios pasan dos años de probacion, de los cuales el primero puede reducirse cuando mas á seis meses. Después de la profesión, si-

guen todavía por dos años sujetos á todos los ejercicios del noviciado; y cuando, pasado este tiempo, entran en la categoría de estudiantes, quedan aun obligados á un régimen especial, bajo la direccion de un maestro. Los primeros votos son simples aunque perpetuos *ex parte votentis;* pero la Orden puede durante un periodo de tres años, que las Constituciones Apostólicas permiten alargar en ciertos casos, desembarazarse de un sujeto, cuando no le convenga, y desligarle por completo de sus votos, por los motivos que señala el derecho. Al cabo de este tiempo de prueba el monje reitera su profesion, y desde entonces sus votos son solemnes. El benedictino que durante el noviciado ha estado dedicado casi exclusivamente al estudio de la Regla de San Benito, de los Salmos, de los Santos Evangelios, del Breviario y Misal, y de la Teología ascética, comienza ya su curso de estudios filosóficos, teológicos, canónicos, históricos y escriturarios, en su monasterio, ó en otro de la Congregacion, cuando los Superiores juzguen que en el suyo no cuentan con los elementos necesarios para su instrucción. Los cursos duran cinco años por lo menos; pero pueden

prolongarse segun las circunstancia y necesidad de cada sujeto. El jóven monje es elevado á las Sagradas Ordenes cuando los Superiores le juzgan preparado; él, por su parte, persuadido por la Fe de que el sacerdocio es á la par que honor una carga, la recibe con humildad y agradecimiento, cuando la obediencia se la echa sobre los hombros; pero jamás presumirá adelantarse, ni tendrá por larga la preparacion que la prudencia de los Superiores le exija.

VII.

Con semejante organizacion, una Abadía benedictina es una morada de vida espiritual é intelectual, cuyo resplandor no puede menos de irradiar afuera. En su iglesia han de hallar necesariamente los fieles la edificacion de las preces públicas, el esplendor del culto litúrgico, y todos los auxilios que sus almas necesiten. La Orden Benedictina convirtió á la Fe cristiana á Inglaterra, Germania, las tierras Escandinavas, y parte de las Eslavas, es decir, la mitad de Europa: ella afirmó en la Fe á la otra mitad, perfeccionando la obra de los apóstoles y már-

tires. Ella sola hasta el siglo XIII vastó á llenar las necesidades de las almas que anhelaban la perfeccion, y todos los oficios del apostolado, á la conversion de los bárbaros, formacion del clero, predicacion y enseñanza, administracion de sacramentos, y lucha contra la barbarie que renacía bajo el nombre de feudalismo. Después del siglo XIII han ido naciendo nuevas milicias consagradas mas especialmente al apostolado, con lo cual la parte de trabajo evangélico que tocaba á la Orden Benedictina ha quedado mas reducida, sin que por eso haya perdido la que es una de sus notas esenciales, el celo activo por las almas No que el benedictino sea necesariamente un predicador como el Dominico, ni un maestro de la juventud como el Jesuita; pero dentro del claustro puede aplicarse á todos esos ministerios, con tal que no remueva las bases fundamentales de la vida claustral y contemplativa; y no hay dificultad en que de cuando en cuando ejercite algunas obras de celo fuera de su monasterio el que para ello tenga aptitud, y cuando los Superiores lo estimen conveniente. Debe pues estar á disposicion de la obediencia aun para estos casos;

pero con lo que sobre todo coopera constantemente á estas obras en la Iglesia, en la nacion, en su diócesis y parroquia, es con la oracion y penitencia. Acordándose al propio tiempo que son hijos de aquellos grandes monjes que civilizaron Europa y conservaron la tradicion de las letras y de las artes, sin dejar de ser hombres de la Iglesia, y hombres dél claustro, y aun manteniéndose muy por cima de las preocupaciones de la política humana, y alimentando horror y temor al mundo, no por eso han de vivir extraños al siglo en que están, ni mirar con desdén sistemático cuanto interese á la vida religiosa, intelectual, social, y aun material de su país. A cada cosa atienda cuanto lo merezca, segun esté mas ó menos estrechamente ligada con el servicio de Dios.

VIII.

Una de las notas características de la Orden Benedictina ha sido su adhesion inquebrantable á la Iglesia Romana, á quien sirvió de principal auxiliar en la conversion de los bárbaros, en el triunfo definitivo de Jesu-Cristo en Europa, en

la formacion de las naciones católicas y en la lucha contra el feudalismo. Ni la causa de la gloria y fuerza de Don Guéranger y la Congregacion de Solesmes ha sido otra que una adhesion filial y entera á las doctrinas de la Santa Sede, hasta en los menores detalles, una abnegacion absoluta, y un entusiasmo decidido en servicio del Romano Pontífice. Pues este debe ser también el espíritu de la nueva familia monástica de Silos, y ¿quién sabe los servicios con que ella á su vez merecerá obsequiar el dia de mañana á la Santa Iglesia de Dios? Ya los han reportado por de pronto señaladísimos en 15 años de trabajos evangélicos en México, de erudicion singular en el campo de la historia y han contribuido al esplendor del divino culto por la propagacion en España del canto gregoriano.

IX.

Los miembros de la familia de Santo Domingo de Silos se dividen en tres clases: padres de coro, todos ellos sacerdotes ó destinados al sacerdocio, á los cuales está reservada la honra del servicio litúrgico, hermanos conversos, dedi-

cados al trabajo manual para el arreglo de la casa, y niños oblatos. Hoy cuenta Silos con cuarenta padres de coro, y veinte hermanos legos; una docena de novicios y otra de jóvenes estudiantes ú oblatos; no hay mayor número de niños merced á las angustiosas circunstancias de los actuales tiempos, mas confiamos que en breve se trocarán y se llenará la escuela monástica de niños alegres y estudiosos, pues no escasean excelentes y numerosas vocaciones.

El que se presente para novicio de coro debe contar lo menos catorce años, siendo diez y seis lo menos que exige la Iglesia para la profesion: arriba de catorce años, no hay señalado límite ninguno. La casa de San Benito es una morada ancha donde caben los jóvenes, los varones maduros, y aún los ancianos. En nuestros monasterios han alternado siempre niños educados en él y recibidos cuando jóvenes en el noviciado, con sacerdotes, con hombres de mundo, con soldados, y tal vez aun con reyes y obispos, que dejaron importantes puestos y muchas veces la cumbre de las dignidades, por buscar en el claustro la misericordia de Dios y la compañía de los hermanos. Es de desear que tambien en

Sto. Domingo de Silos llegue á verse tan hermosa mezcla. Este es el carácter propio y una de las fuerzas de la Orden de San Benito. Para ser recibido en el noviciado se requiere una instruccion que permita seguir los estudios: pero muchas lagunas pueden llenarse con unas cuantas lecciones particulares, caso que algun novicio, por otra parte fervoroso y útil, se halle deficiente en alguna parte de las humanidades, en el latín sobre todo, requisito indispensable aun para la santificacion del monje, no menos que para su instruccion.

Las rentas y propiedades de la Abadía de Silos han desaparecido: la vida material allí es costosa; y sin la caridad de los fieles no bastarían sus recursos para llenar las necesidades de la comunidad: es pues justísimo que los novicios hagan lo que puedan para ayudar á la casa é indemnizarla por lo menos de los sacrificios que por ellos hace: para esto sería necesaria una pension de 2.000 reales: pero á los que no pueden no se exije mas que un modesto ajuar y lo que buenamente puedan dar para alivio de la casa. Un jóven inteligente, piadoso, con la instruccion necesaria, de salud suficiente para

llevar el peso de la observancia y deseoso de su santificacion, será con mucho gusto recibido, cuando quiera, para prueba, con tal que traiga certificado de su buena vida anterior. A los hombres formados se les exige mas, y esto por su propio bien; aunque tambien á ellos se les abrirá las puertas siempre que su vocacion parezca verdadera.

X.

Los hermanos conversos no llegan al sacerdocio ni pueden jamás pasar á la categoría de padres de coro. Estos, á mas de buenas cualidades morales, han de tener salud robusta y aptitud para el trabajo manual, y, á ser posible, saber algun oficio. San Benito quiere que en el recinto de sus monasterios se reunan todas las artes necesarias para la vida humana: sastrería, zapatería, carpintería, panadería y hasta molino. La hermosa huerta de la Abadía, aunque de cabida algo corta para una comunidad tan numerosa, tiene fama por su excelente cultivo y sus verduras y legumbres, merced al trabajo constante é inteligente de los hermanos legos,

XI.

Los niños oblatos educados en el Monasterio forman la tercera fraccion de la familia benedictina de Santo Domingo de Silos. Ya en Subiaco y en Monte-Casino el Patriarca de los monjes de Occidente solía recibir algunos niños de esta clase que sus parientes le confiaban para educarlos, no para el mundo, sinó para el claustro y para la profesion monástica. Esta costumbre no ha cesado nunca en la Orden de San Benito, y de los que fueron por sus padres ofrecidos en su niñez al Monasterio ha salido un gran número de santos y grandes hombres que han ilustrado con su santa vida y con sus obras la casa que los había recibido cuando niños y cobijado durante toda su vida. Los niños que se reciba en Silos deben tener de once á trece años, gozar de buena salud, prometer toda la seguridad deseable en punto á piedad y buenas costumbres, y dar algunas señales de vocacion religiosa. Sus parientes se obligan á dejarles seguir su vocacion, á no sacarlos del Monasterio, ni aun en tiempo de vacaciones, y

á otorgar á los monjes completa libertad para educarlos. Las familias se comprometen, cuanto es posible, á pagar 1.000 reales de pension anual, pero se hace concesiones en atencion á niños por otra parte de buenas prendas. S. M. el Rey Alfonso XIII se digna continuar el pago de la asignacion anual de mil pesetas que su madre la Reina Regente se dignó otorgar al monasterio de Sto. Domingo de Silos pára la pension de cuatro oblatos, y S. A. la Infanta Isabel se comprometió á lo mismo para dos. Tras unos meses de prueba, visten los oblatos hábito análogo al de los novicios, aunque algo diferente. A su entrada deben probar que poseen, al menos, los elementos de primera enseñanza. Se les dedica al estudio del español, del latín, del griego, del francés y otras lenguas, y de otros conocimientos accesorios de que no puede carecer ningun hombre ilustrado, y que son la base de los estudios eclesiásticos. Segun su capacidad y progresos, se los detiene en la escuela monástica de cuatro á cinco años. Asisten diariamente á parte de los divinos oficios y sirven en las ceremonias como acólitos, turiferarios, etc. De sus filas han salido ya muchos

monjes, y podemos esperar que las filas del noviciado se llenarán siempre con las del oblatorio.

El año escolar comienza á fines de Setiembre; los que quieran introducir un niño en la escuela de oblatos de Sto. Domingo de Silos, deben dirigir su peticion, al menos dos meses antes, al Rmo. Sr. Abad de Sto. Domingo de Silos.

XII.

Hemos creido necesario escribir este ligera reseña, la cual dirigimos especialmente á los jóvenes estudiantes que, deseosos de consagrarse á Dios, ignoran lo que es la vida monástica, y tal vez por esta ignorancia se exponen á hacer eleccion menos acertada al retirarse del mundo y abrazar el estado religioso.

Nos dirigimos tambien á personas de edad ya madura, sacerdotes y seglares, que aspiran á consagrar á la salvacion de sus almas los años que le resten, y que no se sienten llamados á la vida activa, ó no tienen fuerzas para soportar la austeridad de otras Ordenes que florecen en la Iglesia de Dios.

Finalmente, desearíamos que se fijasen en estas líneas las personas encargadas de dirigir las almas. Encontrarán muchas veces vocaciones indecisas, de personas que pretenden abrazar vida mas perfecta y que, como antes decíamos, se exponen á equivocarse por no conocer una observancia no menos santa que suave y llevadera, la cual aseguraría su salvacion eterna, procurándoles la paz y retiro que ansían sin saber donde buscarlo.

Desde algunos años, las Ordenes religiosas han adquirido en España un prodigioso desarrollo: algunas que tenían una existencia muy limitada en la península, otras que habían desaparecido por completo, finalmente algunas congregaciones nuevas, nacidas en el suelo español ó venidas del extranjero, con su hermosa variedad sirven de ornamento á la Iglesia, y con su extraordinaria fecundidad le ofrecen servicios tan útiles como diversos son los fines de cada instituto. San Benito, el patriarca de todos los fundadores de todas las Ordenes, no debe carecer de su parte de gloria en esta feliz restauracion de la vida religiosa, porque su Orden ha prestado y prestará á la Iglesia y á la sociedad

servicios especiales, y ofrece santo y apacible asilo á personas que no encontrarían en otra parte la satisfaccion de sus aspiraciones; ya Montserrat, la montaña santa de la Virgen, ha vuelto á florecer; tambien Valvanera el venerado santuario de la Rioja resurge de sus ruinas, lo propio que el vetusto S. Julián de Samos, es preciso que el sagrado retiro de Silos recobre tambien mas y mas su gloria y esplendor, para bien de la Iglesia de España.

Encomendamos esta obra de verdadera restauracion espiritual y material á las almas celosas de la gloria de Dios, suplicándoles que la favorezcan con sus oraciones. Pidan á San Benito que se digne derramar la plenitud de su espíritu sobre sus hijos de Silos, y conceder la fecundidad á esta rama de su tronco secular y siempre vigoroso. Pidan asímismo á Santo Domingo de Silos que proteja á la nueva familia que se ha formado en torno de su sepulcro glorioso, y en el claustro que él mismo edificó. Pidan, finalmente, el auxilio de los innumerables Santos con que la Orden de San Benito ha poblado el Cielo.

Y si alguna de las almas generosas á quie-

nes dirigimos estas líneas se siente movida á cooperar á esta restauracion gloriosa especialmente con alguna limosna, por mínima que sea, entienda que será recibida con gratitud, y que Dios no dejará de premiarla con la debida recompensa.

D. Ildefonso Guepin,

ABAD DE LOS BENEDICTINOS DE SANTO DOMINGO DE SILOS

Para la correspondencia, dirigirse al *Rmo. P. Abad del Real Monasterio do Santo Domingo de Silos*, (provincia de Burgos).

El mejor medio para enterarse es visitar el monasterio, en que, segun la Regla de San Benito, el huesped es acogido como á Cristo mismo. El viaje se hace desde Burgos, por el coche-correo de Salas de los Infantes á Cuevas, donde se cambia de vehiculo hasta Silos.